

# Nuevos datos sobre Bonpland en Buenos Aires (1818)

por

GUILLERMO FURLONG, S. J.

---

Al lado de Humboldt, del iniciador de la geografía científica, así en lo físico, como en lo botánico, en lo zoológico y aun en lo climatológico, y no como discípulo al lado de un maestro, sino como amigo al lado del amigo, ya que eran casi de la misma edad y los ligó una amistad que hizo que fueran dos cuerpos en un alma, fue que Aimé Bonpland<sup>1</sup> llenó las ánforas de su privilegiado intelecto con el más exquisito néctar del saber, y aprendió a escanciarlo, según el más severo de los rituales. Aquella amistad, iniciada en París, en 1797, duró hasta mucho más allá de 1850. Aquellos dos jóvenes, alemán el uno, francés el otro, que tuvieron la fortuna de conocerse y apreciarse, en las postrimerías de la centuria décimoctava, como ajenos a los efectos de la catástrofe de 1789, ajenos a la amenazante nube napoleónica

1 No es escasa la bibliografía bonplandiana, así europea como americana. Ocupa el primer lugar Louis Adolphe Brunel, *Biographie de Aimé Bonpland, Compagnon de voyage et collaborateur d'Al. de Humboldt*, París, 1871 (3ª ed.). En segundo término hay que colocar a T. T. Hamy, *Aimé Bonpland, Médecin et naturaliste, explorateur de l'Amérique du Sur, Sa vie son oeuvre, un portrait et une carte*, París, 1906, y al mismo publicista se debieron otras noticias sobre Bonpland: *Les voyages de Richard Grandsire, de Catais, dans l'Amérique du Sur (1817-1827)*, en *Journal de la Société des Americanistes de Paris*, t. V, Nº 1, pp. 113 a 120, París, 1908. Entre nosotros nadie se ha empeñado tanto por esclarecer la obra de este sabio como Juan A. Domínguez: *Aimé Bonpland. Su vida en la América del Sur y principalmente en la República Argentina (1817-1858)*, 1928, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, t. CVIII, pp. 497 y siguientes, Buenos Aires, 1929. Años antes, el mismo Domínguez había patrocinado la publicación de Henri Cordier: *Archives inédites de Aimé Bonpland, Lèvres inédites de Alexandre de Humboldt*, en *Trabajos del Instituto de Botánica y Farmacología*, t. I, Nº 31, Buenos Aires, 1914; *Lettres inédites de Alexandre de Humboldt*, en *Trabajos del Instituto de Botánica y Farmacología*, t. II, Nº 42, Buenos Aires, 1924; *Papiers inédits du naturaliste Aimé Bonpland conservés a Buenos Aires*, en *Trabajos del Instituto de Botánica y Farmacología*, t. I, Nº 30, Buenos Aires, 1910. La más valiosa contribución, aparecida después de las mentadas, es la de los doctores Aníbal Ruiz Moreno, Vicente A. Risolía y Rómulo D'Onofrio: *Aimé Bonpland, Aportaciones de carácter inédito sobre su actuación científica en América del Sur*, en *Publicaciones del Instituto de Historia de la Medicina*, Universidad Nacional de Buenos Aires, Bue-

preñada de grandezas y de miserias, y ajenos al fuerte aleteo de las águilas imperiales, se consagraron, en forma total e intensa, al estudio de la naturaleza.

En los jardines de aclimatación de París hallaron sus ambiciones, pero la América Hispana, con sus inmensas perspectivas de flora desconocida, los atrajo irresistiblemente, y la España de los siglos XVI y XVII que había hecho más en pro del progreso de la flora y de la fauna, que todos los otros países europeos juntos, abrió también en el siglo XVIII sus puertas a todos los hombres de buena voluntad y de legítimo saber, y aquellos dos jóvenes, Humboldt con sus 28, y Bonpland con sus 24 años, partieron a Madrid, se embarcaron en la Coruña, en junio de 1799, exploraron las tierras venezolanas, recorrieron las cubanas, llegaron a Bogotá en 1800, al Ecuador en 1801, se trasladaron a Méjico y regresaron a Francia en 1804.

Es de justicia reconocer que España fue generosísima con estos dos extranjeros, y un decreto, expedido en Aranjuez, el 7 de mayo de 1799, que dispuso que Virreyes y Gobernadores, Capitanes Generales y Comandantes, Intendentes y Corregidores “no impidan por ningún motivo la conducción de los instrumentos de física, química, astronomía y matemáticas, ni el hacer en todas las posiciones ultramarinas las observaciones y experimentos que juzguen útiles, como tampoco el coleccionar libremente plantas, animales, semillas y minerales, medir la altura de los montes, examinar la naturaleza de éstos y hacer observaciones astronómicas” no fue mero formulismo como lo manifestaron y ponderaron ambos agradecidos viajeros.

Aquel fue un paseo científico. No buscaron, sino que hallaron; no investigaron, sino que vieron y admiraron y aprovecharon mucho más de lo que habían barruntado. Los doce tomos aparecidos en París, entre 1815 y 1821, con el título de “Viajes a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente”, obra de ambos viajeros, y los dos volúmenes de “Plantas Equinociales

nos Aires, 1955. Monografías apreciables son las siguientes: Eugene Autran, “Important trouvaille, Manuscrits de Bonpland, Correspondence inédite de Humboldt”, artículo en el “Courrier de La Plata”, Buenos Aires, 2 de octubre de 1905; Enrique Bordenave, “Amado Bonpland”, en “Academia Nacional de Historia” (Junta de Historia y Numismática Americana), IIº Congreso Internacional de Historia de América, t. III, p. 224 a 240, Buenos Aires, 1938; Fernando Coni Bazán: “Amado Bonpland. Notas sobre Yerbales”, traducción del doctor Juan Pujol, en “Lilloa”, Tucumán, 1949, XVIII, 361-371; Efraim Cardozo: “Bolívar, Bonpland y el Paraguay”, en “Revista Paraguaya”, marzo, pp. 17 a 21, Buenos Aires, 1938, y en Academia Nacional de la Historia (Junta de Historia y Numismática Americana), IIº Congreso Internacional de Historia de América, t. IV, pp. 133 a 140, Buenos Aires, 1938; Juan A. Domínguez: “Urquiza y Bonpland”, en “Trabajos del Instituto de Botánica y Farmacología”, Buenos Aires, 1939, Nº 59; Martiniano Leguizamón, “Ramírez y Bonpland”, en “La Nación”, Buenos Aires, 6-XII-1931; Alberto Palcos, “Actividades de Bonpland en el Paraguay. Su liberación”, en tres números dominicales de “La Prensa”, Buenos Aires, 7 de setiembre de 1941, y sigts. Del mismo autor es: “Designios de Bonpland. Revelaciones inéditas del sabio”, en “La Prensa”, Buenos Aires, 1º de marzo de 1942; Juan F. Pérez Acosta, “Francia y Bonpland. Con un apéndice documental”, Buenos Aires, 1942, en “Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas”, Nº LXXIX; Guillermo Furlong, “En el Centenario de Aimé Bonpland”, en “Anales de la Academia Argentina de Geografía”, II, Buenos Aires, 1958, 58-77; Vicente Osvaldo Cutolo, “Nuevo Diccionario Biográfico Argentino”, Buenos Aires, 1968, I, 495-496.

*Recogidas en México, Isla de Cuba, Provincia de Caracas y Cumaná, en los Andes de Quito y Bordes del Orinoco y Amazonas*", obra exclusiva de Bonpland, nos dicen a las claras que esos animosos jóvenes, mejor que César, pudieron pronunciar el *Veni, Vidi y Vici*.

De aquel viaje de 9.000 leguas regresaron con un herbario de 3.600 *species novae*, las que entregaron al jardín botánico de París. Bonpland fue agraciado con una pensión, recibió el aplauso de los hombres de ciencia, y la misma emperatriz Josefina quiso recibirle en la Corte<sup>2</sup>. Pero por encima de estas recompensas estaba la de haber sido ellos los pioneros en la clasificación científica de la flora equinocial y estaba la satisfacción de haberse lanzado a lo lejano, a lo árido y a lo difícil, y estaba el haber triunfado.

Erasmo dijo que era una locura la que daba origen a las hazañas de los héroes, pero no dijo que la locura de la ciencia era, después de la locura de la virtud, la más noble de las locuras. Así iniciaron su brillante vida intelectual aquellos jóvenes, y aquella divina aventura les dio alas para el ascenso penoso, pero reconfortante a las alturas del saber. Cuando Humboldt estaba en los sesenta y seis años de su bien aprovechada vida, y Bonpland en los sesenta y dos, cuando ambos habían cruzado ya el meridiano de la vivencia humana, el sabio alemán escribía al sabio francés, y preguntábale: "*¿Te acuerdas de la pequeña fuente de Turbaco? ¿De nuestra vida en Chillo, cerca de Quito? Qué felices éramos entonces!... ¡Cómo quisiera estar otra vez entre las plantas que entonces estudiábamos!*"<sup>3</sup>.

Cuando así se expresaba Humboldt, hacía varias decenas de años que Bonpland se encontraba en las regiones del Río de la Plata y tan encariñado con ellas, como habían estado los dos amigos, en las tierras que encierran los equinocios.

La muerte de la emperatriz Josefina fue para Bonpland un rudo golpe. Desde 1808 hasta 1814 había sido botánico por nombramiento real y había sido superintendente de los jardines de Malvaision, en los que había encontrado refugio y solaz, al propio tiempo que un apreciable campo de experimentación. Pero era una vida fácil en medio de una flora conocida. Además del ejercicio de la medicina, tenía ya cumplido un ciclo de actuación relevante, a una con Humboldt, en la científicación de la geografía, cuando alentado por hombres de la prestancia de Lamarck, Jussieu, Desfontaines, y sobre todo por su gran amigo, determinó aceptar la invitación que le había

2 Cuando el 13 de marzo de 1805 recibió el gobierno la colección de plantas, entregadas por Humboldt y pacientemente clasificadas por Bonpland, se acordó a éste una pensión anual de 3.000 francos, cuyo pago se suspendió cuando su detención en el Paraguay, como recuerda Domínguez, "*Aimé Bonpland*", 43-48, Buenos Aires, 1929. Los doctores Ruiz Moreno, Risolía y D'Onofrio, "*Aimé Bonpland*" (p. 36), traen una petición de Bonpland, elevada al Gobierno Argentino en 1818, solicitando se extienda un certificado que atestigüe que se encuentra vivo en Buenos Aires, a fin de cobrar su pensión, pero creemos que erran al indicar que esa pensión "*le fue discernida con motivo de su viaje a las Américas*".

3 Esto escribía en 14 de setiembre de 1885 y, cinco años más tarde: "*Nuestra vida en común, los sufrimientos que soportamos, las alegrías que compartimos, las chacras de Cumaná, los llanos de Calabozo, los Raudales, Turbac, la casa de Mutis, Chillo con el pobre Carlitos, nuestras navegaciones, México, todas esas cosas son puntos luminosos que se recuerdan con amor...*".

hecho Simón Bolívar, para que regresara a Venezuela y, en la patria de Mutis, explorara y clasificara la variada flora de aquel país. Todo estaba listo para la partida, pero la situación política venezolana lo detuvo. En ese momento de perplejidad, Mariano de Sarratea le dio a conocer las magníficas oportunidades que le brindaba la flora ríoplatense; aceptó venir a nuestro país y, el día 29 de enero de 1817, pisaba el muelle de las Catalinas<sup>4</sup>.

No fue un viajero más; fue una embajada cultural, ya que traía consigo, además de su vastísimo saber, lo más selecto de su biblioteca, sus colecciones botánicas, y aun sus plantas vivas. "*La Crónica Argentina*" consignaba la noticia<sup>5</sup>, en su número del 1º de febrero: "*No podemos por ahora dar una noticia circunstanciada de toda la colección de plantas vivas [que el Sr. Bonpland ha traído consigo], y sólo diremos que son frutales, medicinales y legumbres, y otras que sirven para pastos y viñas; de estas últimas, trae 150 pies de viña que forman una colección de 150 especies, sacadas de los Jardines de Luxemburgo; 40 especies de naranjas y limones, 600 pies de sauces de las tres especies conocidas, útiles para canastos, algarrobo español... todas las frutas agrias de Francia, varias especies de fresas, grosellas, frambuesas...*". Si Bonpland era el primer embajador científico que aportaba a las playas de la nueva Nación Argentina, no venía solo, sino con numerosa comitiva.

Las autoridades argentinas recibieron complacidas a este hombre de ciencia, pero la situación política y social bonaerense no era tranquilizadora. En el Hueco de los Sauces, hoy plaza Garay, comenzó Bonpland a aclimatar las plantas traídas por él, y a reunir las especies que hallaba en sus andanzas por las afueras de la ciudad, con el fin de estudiarlas. Esa nueva flora, tan diversa a la europea, le llevó de sorpresa en sorpresa, y sabemos, que lente en mano, describía las semillas, las hojas, los tallos, las flores, con esa minuciosidad que le era muy propia y, todo exultante, comunicaba a su gran amigo de Europa sus nuevos y sorprendentes hallazgos<sup>6</sup>.

4 Domínguez (o. c., p. 13) ha publicado la carta de Bonpland al doctor Serrano (28-1-1840), en la que daba razón de su venida al Río de la Plata: "*Desde el viaje que hiciera en la América Meridional con Humboldt, he tomado un afecto todo particular a los americanos. Mi posición en Europa, desde 1805 hasta 1814 me permitía servir y ayudar la emancipación de la América española; mas estos pequeños servicios se han dirigido particularmente sobre la provincia de Venezuela y de Santa Fe de Bogotá (Colombia), porque existían entonces representantes de aquellos países en París, y varios americanos que todavía no tenían ningún carácter*" (Bolívar, Zea, Palacio).

"Aguardaba entonces en Europa con impaciencia de terminar la publicación de las obras que me tocaban, pero luego que vi a Napoleón reemplazado por la familia de los Borbones, traté de ganar al país; a un grado tan alto había fijado mi espíritu (alude a los ya nombrados).

"En 1914-15 hice varios viajes a Londres con el objeto de hacer mis relaciones con Bolívar más frecuentes y más tiles a la América. Entonces conocí particularmente a los señores Belgrano, Sarratea y Rivadavia, y la amistad de estos señores, reunida a los desastres que sufrió el general libertador de Venezuela, hicieron mudar mis proyectos y gané las aguas del Plata".

5 Otro tanto, con pleno conocimiento del hombre y del sabio, publicó "*La Gaceta de Buenos Aires*", en su número extraordinario del 5 de febrero de 1817.

6 En los primeros meses estuvo en una casa cercana al Fuerte, desde donde se trasladó al Hueco de los Sauces, hoy Plaza Garay. Allí alquiló al Hospital Betlemítico un amplio terreno, y por causa del cual tuvo un largo y enojoso pleito. Cfr. Ruiz Moreno, o. c., 74-75.



Su vida en Buenos Aires fue la de un obsesionado. El Oficial de Marina, Pedro Benoit, no sabemos si señalado por el Gobierno, o si por propia voluntad, o contratado por Bonpland, acompañaba a éste en sus constantes salidas a la campaña, ya en una, ya en otra dirección, y sabemos que llegaron hasta el Delta del Paraná y hasta la isla Martín García; cargados ambos de arbustos o de ramas y gajos de árboles y plantas, regresaban a la ciudad, y Bonpland se entregaba sin descanso al estudio de aquellos nuevos aportes a la flora bonaerense.

Había arribado a la Capital el 29 de enero de 1817, y ya en junio de 1818 tenía escritos varios cuadernos sobre "*La Flora de las Provincias Unidas del Plata*" y propuso al Congreso de Tucumán, trasladado ya a Buenos Aires, la publicación de los mismos. Fue con fecha 10 de junio del indicado año que elevó al Congreso un memorial en ese sentido<sup>7</sup>, y junto con el memorial, que no conocemos, un cálculo de lo que costaría esa publicación y de las ganancias que podría dar:

*Appercu des dépenses a faire pour la publication de chaque cahier, d'un ouvrage qui portait le titre "Flore des Provinces Unies de la Plata", et donc chaque cahier ou livraison tiré en noir et a 300 exemplaires de format in folio serait composé de six planches et de six feuilles de texte.*

*Savoir.*

Buenos Aires

1 <sup>o</sup> — Six dessins en noir avec les details exacts des parties de la fructification a 25 ps. ....	150
2 <sup>o</sup> — Gravure de six dessins a 40 ps. cy. ....	240
3 <sup>o</sup> — Achat de six cuivres a 4 ps. cy. ....	24
4 <sup>o</sup> — Gravure de la lettre pour chaque cuivre y compris le N <sup>o</sup> de planches, etc., a 2 ps. 4 rs. ....	15
5 <sup>o</sup> — Composition de six feuilles de texte a raison de 12 ps. cy. ....	72
6 <sup>o</sup> — Tirage du texte de chaque cahier, a raison de 300 exemplaires, dont chaque cent coute 3 ps. cy. ....	108
7 <sup>o</sup> — Tirage de 300 planches a raison de 8 ps. cy. ....	144
8 <sup>o</sup> — Satinage du texte et des planches pour les 300 cahiers cy. ....	18
9 <sup>o</sup> — 300 cartons pour envelopes des 300 cahiers a 2 rs. cy. ....	75
10 — Texte des envelopes, compris composition, papier, impression et collage ....	40
11 — Papier pour l'impression des planches et du texte, y compris les miles entrain. ....	180
12 — Papier jough arrangement des cahiers, et dépenses impreuves cy	60

RESUME ..... 1.126

7 Se halla entre los documentos del Archivo del Congreso de Tucumán que tuvimos la suerte de hallar y entregar al Gobierno, en el decurso del año de 1966. Quedamos con una copia de este documento, y es el que ahora publicamos.

1 <sup>o</sup> — 300 exemplaires vendus a 6 ps. produiraient .....	1.800
2 <sup>o</sup> — Deduction des frais cy-dessus enonces .....	1.126

---

Reste pour produit ..... 674

3<sup>o</sup> — Plus la propriété de l'ouvrage qui se trouve composé des  
cuivres, de dessins, ait de la facilité, ou plutôt du droit de  
faire des nouveaux tirage.

Buenos Aires le 10 juin 1818.

A. Bonpland

Conocemos el ofrecimiento, pero ignoramos los óbices que se opusieron a la publicación. Si era la intención de Bonpland hacerla en Buenos Aires, debió de tropezar con una doble dificultad: la falta de papel adecuado y lo que era más indispensable, la falta de un grabador; si la publicación había de hacerse en Francia, no había los necesarios fondos. Creemos, sin embargo, que su intención y deseo era que la impresión se efectuara en Buenos Aires como se deduce de que el presupuesto está en pesos y reales, y no en moneda francesa.

Tal vez lo que desgraciadamente hizo fracasar esta feliz iniciativa del sabio fue la conducta indiscreta de su esposa. Esta, en círculo de amigas, había proferido asertos y había emitido opiniones tales que, el 28 de julio de 1818, fue él amonestado por el Ministerio de Guerra, y lo que fue para el sabio de la Francia más sensible y más molesto, se le complicó en los proyectos de los hermanos Carrera y de algunos franceses, quienes se proponían asesinar a Pueyrredón, a San Martín y a O'Higgins. Desgraciadamente algunas misivas del eximio botánico contenían frases peligrosas. Su amistad con Roberts, fusilado a una con Lagreze en la plaza de Retiro, en abril de 1819, era grande, y pudo haberle acarreado mayores amarguras, en ese desgraciado incidente, conocido como "La Conjuración de los Franceses" <sup>8</sup>.

Buenos Aires no era para Bonpland el recinto de paz que anhelaba, y barruntaba que la obtenida con la muerte de sus dos compatriotas, no era sino una tregua, y como en una de sus excursiones al Delta del Paraná, hubiese llegado hasta Entre Ríos y conocido a Francisco Ramírez, y recibido de él las más seguras garantías de poder trabajar, sin preocupaciones alguna políticas o económicas, partió para la Mesopotamia en octubre de 1820, y expuso a su generoso Mecenaz las conveniencias, aún económicas, de avivar el abandonado laboreo de los yerbales jesuíticos. Se dispuso armar una expedición a ese fin, y en el entretanto, nuestro inquieto hombre de ciencia excursionó sin parar, estudió con tesón, recogió afanoso, plantas, semillas, insectos, aves, piedras y muestras de madera, y generosamente envió no pocos de estos objetos al entonces ministro de la Real Hacienda en Buenos Aires, Dr. José Joaquín Araujo, uno de los más preclaros coleccionistas de la primera hora, como años antes lo había recordado Funes en su "*Historia Civil*".

<sup>8</sup> Este tristísimo hecho ha sido estudiado recientemente por Daniel Hammerly Dupuy, "*El naturalista Bonpland y la conspiración de José Carrera contra O'Higgins y San Martín*", en "*Historia*", N<sup>o</sup> 13, Buenos Aires, 1958, 83-94.

Con el apoyo de Ramírez, cuya república de Entre Ríos comprendía toda la Mesopotamia, incluso Misiones, se dirigió a éstas nuestro naturalista y, como escribía, el 25 de mayo de 1821, a su noble bienhechor: "*Llevo conmigo semilla de algodón superior, añil y tabaco, con el objeto de sembrar allí y de dar a los indios para que siembren, y animarles al trabajo... Visitaré toda aquella parte de Entre Ríos [llamada Misiones], que es sin duda la más fértil y la más susceptible a enriquecer al país...*"<sup>9</sup>.

Esta carta del 25 de mayo, cruzóse con otra del 21 de ese mismo mes, que le había escrito aquel criollo de tan acendrado como ilustrado patriotismo, y a quien se debió la salvación de la esencia nacional en un momento de terrible crisis: "*Mi amigo, le decía Ramírez: Al fin Buenos Aires ha recordado que usted es un extranjero benemérito y le ha extendido el título de médico de aquella Academia*<sup>10</sup>. *Yo me complazco en este honor que se le hace al mérito de su profesión. He dicho a usted que, entre nosotros, será igualmente apreciado y acaso más provechoso. Por ese deber he ofertado a usted mi amistad y cuanto dependa de mis facultades en su obsequio. Recuerde esta oferta a mi hermano, el señor gobernador don Ricardo. En mérito de ella puede usted ocuparlo con franqueza, seguro de que, en haberlo servido y proporcionarle el mayor adelantamiento, tendrá un singular placer, éste su apasionado y atento servidor. - Francisco Ramírez*"<sup>11</sup>.

Bonpland llegó a lo que es hoy la provincia de Misiones, cuando las reducciones jesuíticas acababan de ser arruinadas por los portugueses, y los indios, que las habían poblado desde hacía más de dos centurias, se habían visto obligados a volver a las selvas o refugiarse en las ciudades vecinas. A la par de Moussy y Demersay, de los Robertson y de los Parish, admiró Bonpland aquellos pueblos, cuya formación, escribió él, "*se debió a la santa y sabia Compañía de Jesús y al gobierno de España*". Comenzó por Candelaria, hoy Posadas, y examinó detenidamente las construcciones, analizó las obras sanitarias, apreció el confort de que habían disfrutado aquellos indígenas, bajo la égida de los jesuitas, examinó cuidadosamente el yerbal de ese pueblo y nos dice que, en un principio, constaba de cincuenta líneas, cada una con 250 árboles, plantados a distancia de tres varas, y de allí resultaba que ese yerbal se componía de 12.500 árboles. En 1821, subsistían aún 4.000.

Era su deseo establecerse en Candelaria, pero, como escribía a su protector Ramírez, el 21 de junio de 1821, frente a esa reducción, río por medio, habían los paraguayos establecido un fuerte, y enseñoreándose de la costa argentina. Trasladóse a otra reducción, a Santa Ana, dos leguas distante del

9 Carta escrita desde Caá-Catí, 25-V-1821, citada por Brunel y Bordenave, *o. c.*, 230.

10 Con anterioridad a este hecho, Bonpland había sido nombrado profesor de Historia Natural (Ruiz Moreno, *o. c.*, 39-40, 76-78). Ruiz Moreno publica también algunos antecedentes de su nombramiento para la cátedra de Materia Médica, en el Instituto Médico Militar (*o. c.*, 81-91).

11 Bordenave, *o. c.*, 230-231, quien reproduce también lo que, a propósito de la Cátedra de Materia Médica publicó "*La Gaceta de Buenos Aires*, en su número del 28 de marzo de 1821.

Paraná, y allí inició la formación de una colonia agrícola, en la que se habría de beneficiar la yerba, y sembrar tabaco.

Pero el Paraguay consideraba suyo lo que es hoy la provincia de Misiones<sup>12</sup>, y el día 8 de diciembre de 1821, tropas enviadas por el Dr. Francia, asaltaron la colonia, la arrasaron y tomaron prisionero a Bonpland. El dictador paraguayo, que había ordenado se respetara la vida del sabio, había visto en esa fundación, realizada bajo los auspicios y con el apoyo de Ramírez, una amenaza a lo que consideraba la integridad patrimonial paraguaya, y su proceder estaba así justificado, a lo menos aparentemente.

Conducido a Itapúa, halló Bonpland en la adversidad, lo que, no pocas veces, no había hallado en la prosperidad: la paz, la admiración de las gentes, las facilidades más abundantes para sus investigaciones. Era un preso, pero con la libertad de trabajar y de andar en un radio de muchas leguas a la redonda. Escogió un punto entre las viejas reducciones de Santa María y de Santa Rosa, y se estableció allí con su familia. Rico a la manera de Platón, nada había perdido en aquella aventura o desventura, ya que ella no le había privado de su saber, ni de su incontenible afán de saber, porque le era dado decir con el filósofo griego: *"llevo conmigo todos mis tesoros"*<sup>13</sup>.

Totalmente aislado de todo el mundo externo, aun de la Asunción del Paraguay, cuánto más de Londres y de París, sin recibir ni poder enviar carta alguna, ni aun a su inolvidable Alejandro Humboldt, en medio de gentes simples e ignaras, no nos ha de sorprender, pero la realidad es ésta: en el Cerrito, que fue el punto elegido por él, pasó Bonpland los años más felices de su vida. Tiempo después, habría de escribir a Brunel: *"He llevado en el Paraguay una vida tan feliz, como puede pasarla un hombre privado de toda relación con su patria, su familia y sus amigos"*<sup>14</sup>.

12 Francia llegó a estar en la persuasión de que Bonpland era un espía y disponía una invasión sobre el Paraguay. Pérez Acosta (o. c., p. 16) se refiere a una entrevista que el viajero Rengger tuvo con Francia y cuenta cómo intercedió a favor de Bonpland, una vez preso, y *"traté de justificar al célebre viajero, pero el Dictador me impuso en seguida silencio, y agregó con tono irritado: No es porque haya venido a preparar yerba sobre nuestro territorio, que me he indignado con él, sino porque ha hecho causa común con mis enemigos, que conocéis demasiado bien, durante los nueve meses que os retuvieron en Corrientes; en fin, he encontrado entre los papeles de Bonpland dos cartas, una de Ramírez, la otra de su teniente García, que gobierna en la Bajada; las dos me han demostrado lo que sospechaba ya, que este establecimiento no fue formado sino para facilitar una invasión al Paraguay"*.

13 Aunque los hermanos Robertson, en *"Francia's reign of terror"*, London, 1839, pp. 277-279, describen el acto de apresamiento con los acentos más fuertes, y aseguran haber oído el relato de labios del mismo Bonpland, es evidente la exageración sensacionalista de esas páginas. Creemos que está en lo razonable el paraguayo Bordenave al considerar "muy" exagerados, así ese relato como los demás informes que corren sobre ese suceso (c. 234).

14 En carta a Roquin (25-II-1831) escribió Bonpland: *"Para poner fin a las suposiciones funestas que Ud. y todos mis amigos, deben naturalmente haber hecho durante los nueve años de mi detención en el Paraguay, debo decirle que he pasado una vida, tan feliz como pueda pasar aquel que se encuentra privado de toda comunicación con su país, su familia y sus amigos..."*

*"También establecí una fábrica de aguardiente y licores; en fin, tuve un taller de carpintería y un aserradero, que no solamente me sirvieron para la explotación de mi dominio sino que me procuraron algunos recursos pecuniarios".* Cfr. Cordier, *"Papiers"*, I, n. 30.



Ni patria, ni parientes, ni amigos, pero, además de su amante esposa, y además de sus tres hijos, dos varones y una niña, había algo que hacía muy llevadera aquella vida aparentemente gris y monótona: la Naturaleza. Como decía Rubén Darío, y con más hondura que el poeta nicaragüense, podía decir Bonpland: "*Siento en mi espíritu el amable hechizo de la tierra, la generosidad de la naturaleza*", y sabía que los dones de ésta valen más, muchísimo más, que los del arte; aquellas breñas y arroyuelos, aquellos bosquecillos y aquellas lomadas que había en los alrededores del Cerrito, no eran para el excelso naturalista sino un poema oculto bajo una misteriosa escritura. Si aquellas huellas sobre las blancas arenas fueron tan reveladoras para Robinson Crusoe, y fueron tan promisoras, éstas otras, en la polícroma naturaleza, el Petí Pacú y el Yatay, el Caaberay y el Icacay, y, a la par de éstos, aunque con menor intensidad, los yacú, los apicasú, los paracaú tui o catitos, le hablaban un lenguaje tan inteligible y tan simpático para él que, como se deduce de sus epístolas y de sus notas científicas, desgraciadamente tan pocas estas últimas, no colocaba Bonpland a un lado las leyes de la naturaleza y a otro lado la naturaleza misma, ya que ésta, en su razonable sentir, era mucho más que una obra; había en ella tanto de persona.

Allá en su tranquila soledad del Cerrito, ignoró el gran naturalista cómo lo recordaban sus amigos y sus admiradores: Humboldt allá en Alemania, el vizconde Chateaubriand en Francia, Pedro I en el Brasil, Simón Bolívar en el Perú.

Este postrero, en carta del 23 de octubre de 1823, expuso a Francia<sup>15</sup> los méritos de Bonpland y le manifestaba la conveniencia de ponerle en libertad. Fue a los cuatro años, en 1829, que el dictador del Paraguay otorgó a su ilustre recluso la ansiada libertad. Trasládose entonces Bonpland a Itapúa, y, dos años más tarde, a nuestra actual provincia de Misiones, desde donde pasó a San Borja, sobre la orilla oriental del Uruguay. Con alguna añoranza debió dejar el Paraguay, si hemos de interpretar con acierto lo que escribió al botánico Delile:

*"Durante mi larga detención en el Paraguay que, por lo demás, es un país admirable, me entregué de lleno a la agricultura, y era un acaudalado cultivador cuando el dictador Francia me obligó a abandonar de inmediato mi propiedad, en la cual tenía 45 personas empleadas... Había establecido plantaciones de vid, de naranjos, diversas especies de citrus, de guayabos, etc. Hasta tuve que dejar una fábrica de aguardiente, una carpintería, un aserradero y un hospital de cuatro piezas, donde tenía de continuo enfermos que atender".*

*"Debo agregar a lo dicho 400 vacas, bueyes, caballos y yeguas suficientes para que mi establecimiento marchara sin dificultad. Ahora me hallo tan contento y tan fuerte como me conociste en Navarra, y en Malmaison. Aunque no tengo plata en demasía, soy amado y estimado por todo el mundo, lo que es, a mi entender, la mejor riqueza"*<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> Cfr. Pérez Acosta, o. c., 34-36, quien se refiere también a la intervención de Sucre (o. c., 51-55).

<sup>16</sup> Cordier, "Papiers", I, n. 30.

Desde París, y con fecha 20 de julio de 1831, Humboldt, alborozado, felicitaba a su más querido amigo por su liberación y le manifestaba cómo el gobierno francés correría con todos los gastos para su viaje de regreso a Francia; le enviaba además un giro por mil pesos.

*"Espero vendrás pronto"*, había escrito Humboldt, pero nuestro naturalista se había encariñado tanto con estas regiones americanas que pasó a Corrientes, que, hasta entonces, le había sonreído tan poco, y luego a Buenos Aires, donde adquirió libros, drogas, instrumentos; donde conoció y trató a Rosas; recibió una ahincada invitación del gobierno de Tucumán para que pasara a esa provincia y para que, con la más generosa protección de ese gobierno, estudiara la flora tucumana, pero regresó a San Borja, consagrando sus horas y sus talentos a la profesión médica y a la exploración botánica<sup>17</sup>.

Su correspondencia, en estos años, no debió ser poca, y sabemos que, en repetidas ocasiones, envió, ya a París, ya a Buenos Aires, colecciones botánicas. Recordaba esta realidad su amigo Humboldt, en setiembre de 1835, cuando le escribía:

*"Ignoro en absoluto si estás en Corrientes o si es cierto, como se dice acá, que por amor a la tranquilidad y por atender establecimientos agrícolas, que has formado inteligentemente, te has vuelto al Paraguay; aún en esta incertidumbre te transmito el testimonio reiterado de mi devoción y de una amistad que no desaparecerá sino con mi vida"*, y agregaba, *"has enviado unas colecciones soberbias"*.

En 1837 se estableció Bonpland en Santa Ana, en las inmediaciones de lo que es hoy Paso de los Libres, y le preocuparon, además de sus enfermos, de sus plantas y de sus pájaros, los medios más adecuados para la mestización de ovejas con carneros merinos, importados de Europa. Pedro Ferré, quien llegó a ser su gran amigo en esa época, y Berón de Astrada, el infortunado gobernador correntino, le favorecieron generosísimamente, y se valieron de sus sabios asesoramientos. Los hombres del interior, o que actuaban en las provincias, como los ya referidos, y como Madariaga, Lavalle y Paz, veían en Bonpland al hombre de consejo, al hombre prudente, por su saber y por su equilibrio mental. Era él, según todas las señas, uno de aquellos mortales a que se refiere Shakespeare, cuya voluntad y cuyo juicio están tan cabalmente contrapesados, que no sirven de flauta a la veleidosa fortuna, para los sonos que a ésta le plazca.

*"Hace usted ahora falta en todas partes"*, le escribía el General Paz, en 1840, y, desde París, le escribía otro tanto Humboldt: *"Nunca creí demasiado que hubieras de regresar, y hoy mis esperanzas son menores que nunca. Concibo perfectamente el encanto de ese clima subtropical, la independencia de una vida tan cerca de la naturaleza, como concibo también la fuerza de un largo y dulce hábito. Amas a tu patria, pero temes los vacíos que encontrarías, la incomodidad de renovar, la frialdad de las nuevas vinculaciones... No puedo censurarte, a pesar del vivo deseo que tengo de abrazarte, antes de la muerte que no puede estar lejos, de acuerdo al término natural, acor-*

<sup>17</sup> Fue el Gobernador A. Heredia, de Tucumán, quien hizo la invitación. Cfr. Bordenave, o. c., 239.

dado a un hombre, cuya salud ha resistido milagrosamente a los calores del trópico y a una expedición, a 5.000 leguas de Francia, a Siberia y al mar Caspio" 18.

Arago, de quien decía Humboldt que era "la potencia de un gran talento, y el encanto de un bello y noble carácter", también deseaba que Bonpland regresara a Francia, pero tuvo que contentarse con las misivas epistolares y con los envíos de colecciones botánicas que eran tan caras a entrambos.

La política local llegó a preocupar a nuestro naturalista durante algunos años, pero en 1853 seguía en Santa Ana rodeado de sus ovejas, ocupado en curar las dolencias de los que a él acudían, cuando su gran amigo le dio una noticia tan sorprendente como halagadora:

"Ignoras quizás todavía que la mejor revista botánica, que aparece en Alemania, bajo la dirección del naturalista Berthold Seemann, en Hannover y en Londres, lleva el bello nombre de Bonplandia. Ya ves que Alemania e Inglaterra no han olvidado tus inmensos trabajos y lo que yo te debo. Bonplandia es el órgano oficial de la academia leopoldina naturae curiosorum. Es una gran gloria para tu nombre y es una gran dicha para tus amigos" 19.

De Europa le llegaba ese reconocimiento oficial y científico, y Urquiza desde Entre Ríos, y Pujol desde Corrientes le admiraban, le consultaban, le honraban. Es que Bonpland, hasta su vejez más avanzada, herborizó sin prisas, pero sin pausas, y las gentes todas, así los varones de alcurnia intelectual como los hombres de la gleba, le llevaban plantas, semillas, flores o frutos que consideraban curiosos o raros, o llamaban su atención a fenómenos nada comunes en el reino de la flora y de la fauna, y el sabio los observaba, estudiaba, anotaba y aun dibujaba.

Cabría recordar aquí sus trabajos sobre el Indigo, o *Indigófera tinctoria*, o *Indigofera Anil L.*, como también los relacionados con las propiedades del *Ilex Paraguariensis Saint Hilaire*, pero solamente recordaremos que lamentó siempre que un compatriota suyo le arrebatara la gloria de unir su nombre a la *Ilex Paraguariensis*. Consta que todavía en 1853 lamentaba, y aun protestaba contra esa usurpación que le había hecho su compatriota, pero esa contrariedad, al igual que tantas otras que halló en el largo y accidentado camino de su vida, no le restó bríos para el trabajo, aun estando, como estaba, en los ochenta de su existencia.

Esta era su edad, y se hallaba ocupado en el estudio de las posibles minas de mercurio, en las reducciones de la Cruz y de Concepción, cuando el entonces Gobernador de Corrientes, el progresista Juan Pujol, le propuso la formación de un Gabinete de Historia Natural y la de un Jardín Botánico, y en su misiva a este efecto, que es del 28 de noviembre de 1852, recordaba al hombre que "por sus sabios trabajos es conocido en el mundo científico desde hace medio siglo".

Contestó Bonpland desde San Borja, felicitando al señor Gobernador por

18 Bordenave, *oc.*, 243.

19 Bordenave, *o. c.*, 245.

20 Todos estos datos los tomamos del doctor Fernando Coni Bazán, "Notas sobre yerbales". Cfr. Bibliografía.

el impulso que había dado al cultivo del algodón, proponíale hacer otro tanto con el tabaco y con la yerba mate, y aceptaba el cargo de constituir el proyectado Museo y Jardín. Para ello hubiera deseado ser *"más joven y más digno, para llenar el cargo de director en jefe de dicho Museo, con que se sirve honrarme... pero no obstante tener 82 años, con tres meses, acepto..."*.

Terminaba esta misiva recordando que tenía ya un herbario terminado, el que constaba de tres mil plantas, y hacía referencia a las minas de mercurio que creía haber descubierto.

Fue precisamente por contar con Bonpland, y con otros distinguidos franceses, como Francisco Fournier, José Fonteneau y sobre todo con Pablo Emilio Coni, dueño de una excelente imprenta en Corrientes, trasladada después a Buenos Aires, que Pujol inició la publicación de los llamados *"Anales del Conservatorio de los productos naturales y manufacturados de la Provincia de Corrientes"*<sup>20</sup>, publicación que, al decir de Fernando A. Coni Bazán, es la primera publicación científica que hubo en el país, después de Caseros, ya que la *"Revista Farmacéutica"* es de 1869, la *"Revista Médico-Quirúrgica"* es de 1863, y los *"Anales del Museo Público de Buenos Aires"* son de 1864.

Es el mencionado doctor Fernando A. Coni Bazán quien, en 1949 reeditó las *"Notas sobre Yerbales"*, escritas por Bonpland, y que aparecieron por primera vez en los dichos *"Anales"*, y traigo a colación el hecho porque en esa publicación leemos, con referencia a Corrientes y a Misiones, esta expresión: *"país que prefiero a otro alguno, y por el cual tengo tan profundas simpatías"*, aunque en la edición que, en 1857, hizo Vicente G. Quesada, la frase es algo diversa: *"país de mi predilección y de mis más caras simpatías"*.

Fue en diciembre de 1853, que partió Bonpland a Montevideo, con el fin de cobrar su pensión, como lo hacía cada año y con el objeto de obtener reactivos químicos y materiales de laboratorio para el análisis de las presuntas minas de mercurio, en los citados pueblos de la Cruz y de Concepción, y a ésta su visita a la capital uruguaya se refería el señor Ministro de Francia, en esa ciudad, cuando escribía a su Gobierno, con fecha 4 de enero de 1854<sup>21</sup>:

*"El célebre señor Bonpland está aquí, desde hace algunas semanas. Es el más vigoroso y el más amable octogenario del Nuevo Mundo. Espera volver a ver el antiguo; pero tiene todavía tantos árboles que plantar en sus estancias de Corrientes y de San Borja, que no estará pronto hasta la edad de los 90 ó 100 años".*

Mientras estuvo nuestro sabio en Montevideo, la señora Adelia María Luisa Sigaud de Bonpland frecuentaba los salones y exhibía sus habilidades musicales, y se conserva aún un vals compuesto por ella y dedicado a la excelentísima señora Doña Bernardina de Fructuoso Rivera, pero el esposo de aquella dama trepaba al Cerro, curioseaba por los campos del Buceo y llegaba hasta Manga y San José, en busca de novedades científicas.

En 1857, cuando frisaba ya en los 84, y su tan querido amigo, allá en

<sup>21</sup> *"Revista Histórica"*, XVII, Montevideo, 1951-1952, Nos. 49-51, p. 438.

En la misma Revista se consignan otras noticias de igual interés (XVIII, Nos. 52-54, p. 42; XIX, Nos. 55-57, p. 352).



la lejana Europa, frisaba en los 88, los viajes, y no eran los confortables de hoy, les atraían como en los días juveniles, ya que para el botánico el viajar es salir a la caza de novedades científicas. Por lo que a nuestro naturalista respecta, sabemos que, en dicho año de 1857, viajó por el Paraná, hasta llegar a la Asunción del Paraguay, donde el sucesor del dictador Francia le recibió con la mayor cortesía, y en esa época estuvo nuevamente en el palacio de San José de Urquiza, y fue aquí donde conoció y se prendó de nuestro botánico el entonces Ministro del Interior de la Confederación, Dr. Santiago Derqui, quien tenía sus complacencias en conversar con el varón sabio.

Es de Aristóteles el aserto de que los hombres ilustres y eminentes son melancólicos, pero entre las excepciones cabe poner a Bonpland. A lo menos, desde su arribo al país, en 1817 hasta 1850, no obstante haber sido el suyo un camino lleno de tropiezos, vivió feliz y trabajó con amor, cumpliéndose en él lo que había escrito Goethe: *"las dos alas para elevarse a acciones grandes son la alegría y el amor"*, pero al sentir que declinaba el sol de su existencia, añoró la patria lejana y querida, y deseó llegar hasta ella, como indicaba al Ministro de Francia, mientras estuvo en Montevideo. Pensaba en esas colecciones científicas que tanto amaba, en esos sus manuscritos laboriosamente trabajados, en esos dibujos que tanto habrían de sorprender a los naturalistas europeos. ¿Serían apreciadas y conservadas en estas regiones americanas? ¿No serían más útiles en Europa? Cuando no había llegado aún a los cien años, ni a los noventa, pero estaba en los arrabales de los mismos, escribía <sup>22</sup>:

*"Mis esperanzas más dulces, te lo repito, mi querido Humboldt, son de llevar yo mismo a París, mis colecciones y descripciones, familiarizarme con la nueva literatura [o bibliografía] y el estado actual de la ciencia, comprar libros y enseguida regresar, para esperar tranquilamente mi fin, sobre las graciosas costas del Río Uruguay".*

Deseaba respirar nuevamente los aires patrios, pero la tierra misionera era ya su segunda patria y esto no constituye un baldón, ni entraña una traición, ya que no es sólo la sangre y la herencia, sino también el sentimiento y la psicología los que hacen que otro país, diverso del de nuestro origen, sea como una prolongación de la patria. Se ha dicho que ésta son los recuerdos de la infancia, pero se podría también decir que son los arraigos de la vejez.

No regresó a Francia, llevando sus colecciones, sino que fue en Santa Ana, a orillas del Uruguay, como lo había deseado, que pasó a mejor vida, el día 11 de mayo de 1858, dejando a su noble esposa y a tres hijos, Amado, Anastasio y Carmen, abundante ganado y una amplísima huerta de frutales; dejando dos cajas de instrumentos de cirugía, un gran lote de mapas, así antiguos como hechos por él; dejando una copiosa biblioteca y un ingente lote de cartapacios de toda índole. Estos fueron primeramente trasladados a la Asunción y depositados en el consulado Francés, y remitidos meses más tarde a París.

<sup>22</sup> Carta del 29-I-1854. En Hamy, *"Aimé Bonpland"*, 183; Domínguez, o. c., 51.